

Comunidad Cristiana

Es algo muy sabido que el mundo contemporáneo pasa violentas dificultades en el problema social: fórmulas teóricas y tentativas de actuación práctica contrastan poco más o menos en todas partes, con choques a menudo sangrientos, de hombres, de facciones de clases, de pueblos, de continentes. Difícilmente se descubriría hoy un pedacito de tierra sin este fermento. La creación de un mejor equilibrio social y al mismo tiempo suficientemente estable, es la meta que se podría llamar común en el esfuerzo de nuestra generación.

Pero si se desciende un poco a lo concreto, considerando los aspectos sobre los cuales de hecho se concentra la atención, con la esperanza de resolver el problema, confieso que experimento una sensación de estúpido, casi de desagradable admiración. Diría que una de las mayores victorias del materialismo, quizá la mayor, parece que es la de haber reducido el sentido de la palabra *social* —en la conciencia de muchos hombres, aún espiritualistas— a un contenido prevalentemente, casi exclusivamente económico. Parece, pues, que la convivencia humana, la *sociedad*, tenga como tarea principal, por su aspecto ideal, la mejor distribución del dinero: una vez logrado ésto, el problema social quedaría resuelto en lo esencial.

¡Qué absurdo y qué vergüenza!

Esto es contrario a la experiencia, injurioso para el género humano, radicalmente falso. Nadie se atrevería a negar que la relación de salarios entre en el problema *social*, y lo mismo la distribución de la propiedad agrícola, la eventual socialización de la industria o la cuestión de los monopolios; todo eso es *social* y es necesario que alguien se ocupe de ello. Pero al lado de ésto ¿cómo no es también problema *social* la armonía del marido con la esposa? ¿Qué cosa es —sino *social*— la relación con la suegra, con los vecinos de casa, con el médico que cura, con la sirvienta o respectivamente con la señora, y después con el tranviario que cobra el boleto, con el compañero de viaje, con el alcalde, con el jefe del negocio, con el médico principal del hospital, con el lechero, con los empleados de la oficina?

A mí, ciudadano, me interesa que mi sueldo suba de 40.000 libras a 50.000; quiero ciertamente que se dé a cada uno de la retribución que le corresponde en este sentido, con la acrecentada sensibilidad que nuestro tiempo ha alcanzado en ésto. Pero, por favor, entendámonos: me interesa no menos, antes, inmensamente más, que la esposa sea fiel, más aún afectuosa, más todavía, totalmente de su esposo; y que el jefe que dirige el trabajo sea atento; y el empleado del ayuntamiento, diligente en tramitar los asun-

tos, hasta el comportamiento del pasajero en el tren, que no ocupe dos asientos reservando el puesto a alguno que no vendrá...

Nos han destrozado el alma.

Confieso que siento una verdadera indignación, cuando me doy cuenta de que nos han hecho considerar el problema social casi exclusivamente como cuestión de dinero. Es como si me arrancaran lo más hermoso que llevo en el alma —cultura, afectos, educación, espíritu— y dijeran que mi valor es el de la plata de la cual dispongo. ¡Pero es que yo no soy una bestia! ¡Mi vida no se valúa así!

El problema social es el problema de la sociedad en todas sus relaciones internas; la buena solución debe aspirar a la mayor felicidad posible de los asociados, en todo el conjunto de sus relaciones. ¿Quién tiene el valor de decir que la felicidad de una familia crece únicamente en proporción al sueldo que percibe? ¿Quién puede decir que una prisión en donde todos comieran bien sería mejor que la libertad, aún cuando se diera el caso de que, por una triste hipótesis, hubiera alguno libre menos bien alimentado?

Sin negar en absoluto la capacidad del cristianismo para sugerir fórmulas técnicas sobre la distribución de las riquezas y sobre el orden político —y también en ésto hay tanto de qué gloriarse, sobre todo frente a quien destruye sistemáticamente toda libertad—, me parece en verdad que debemos reivindicar al ámbito del problema social innumerables aspectos, sobre los cuales Jesús tiene palabras de valor incomparable que decir. La polémica se basa en la amplitud misma del problema, más que sobre el particular que otros han elegido para estrechar la discusión. Comprendido ésto, se debe resueltamente animar a los cristianos a una fortísima acción social, sumamente concreta e inmediatamente benéfica para todos, en sectores que son ignorados de los demás —en el mejor de los casos—, cuando no han sido pavorosamente devastados.

Haciendo una hipótesis extrema, figurando una convivencia organizada en el modo más infame que se ha visto (pensamos en un campo de concentración nazi o comunista...), aún allí el cristiano con sus recursos inagotables, sería capaz de animar una socialidad bastante serena, casi diría feliz, entre las desventuradas víctimas de aquella monstruosidad!

Este artículo no ha nacido en un escritorio, polemizando con pedazos de papel de otros. Es el eco de una experiencia. El Señor en su Providencia me ha llevado a afrontar el problema suba de 40.000 libras a 50.000; quiero ciertamente que se dé a cada uno de la retribución que le *social* frente a masas de hermanos, desde hace más de veinte años y en muchas naciones, en todas las ocasiones he usado este sentido amplio de la palabra *social*; dejando sin juzgar el

problema económico y jurídico —porque de eso se ocuparán otros— haciendo sentir cuanto de **social** se pudiera resolver inmediatamente con toda sencillez y genuinamente practicado: a los esposos, cuanto de su vida **social** dependiera directamente de ellos y pudieran perfectamente resolver entre sí, con buena voluntad, inspirada en el precepto de Jesús; a los obreros, a los abogados, a los maestros, a los jóvenes, a los políticos, a las enfermeras; a todo cuanto pudiera mejorarse enseguida en nuestra vida social, sin parlamento, ni partidos, ni tratados nuevos, si desde hoy comenzáramos a querer comprendernos y ayudarnos más, como enseña el Señor. Y bien, ¿qué cosa he recogido? El efecto ha sido impresionante: como abrir la ventana en un lugar cerrado y algunas veces nauseabundo; más aún, cómo llevar el aire libre a quien corría el peligro de ahogarse en un subterráneo; más todavía, simplemente como devolver el pulmón a quien estaba respirando apenas con una pequeña parte del órgano casi del todo comprimido...

Dirá un marxista

Los marxistas, leyendo ésto, sentirán ganas de reír; pero no es otra cosa que gozar de aire fétido, cuando hubiera un buen calorillo. Tal vez también otros, quizá hasta algún cristiano encontrará esto ingenuo; pero es precisamente el atontamiento del subterráneo, la tuberculosis del espíritu con el pulmón oprimido.

Para resolver el problema **social** amplio, completo, no hay en la historia nada comparable al cristianismo. Este es en su misma esencia una doctrina de **relaciones sociales, con fórm.** las capaces de maravillar aún a quien entienda siquiera el mínimum: la escena del gran precepto, donde el amor de Dios y del prójimo han sido declarados semejantes; la escena del juicio final, donde de todas las acciones de los hombres quedarán para la suprema alabanza, solamente aquellas que fueron hechas en beneficio de los hombres; el último testamento de Jesús en el Cenáculo, para releerlo con trémula atención. Sea cual fuere lo que algunos hayan entendido, en su realidad profunda el cristianismo es la religión que dice que Dios se encuentra en los hombres y no puede prácticamente encontrarse por otro camino; es la doctrina de las relaciones humanas llevadas al plan teológico, para llegar a ser, increíblemente, el contenido principal del esfuerzo religioso!

Alguno ha dicho que el cristianismo es una fe espléndida, pero que no es práctico en el **campo social**; para esto son necesarios otros maestros y otros sistemas. Si hay una frase contraria a la verdad, es ésta. El influjo de un cristianismo bien entendido, en cualquier alma, grande o pequeña, es esencialmente influjo **social** e inmediatamente práctico. No esperemos a mañana, esta misma noche podemos y debemos entrar en actuación **social**, si queremos ser cris-

tianos; de no hacerlo, ponemos en peligro la salvación de nuestra eternidad.

No hay que esperar leyes políticas, que podrán regular apenas, en la mejor hipótesis, algún aspecto de la vida. Podemos y debemos darnos cada uno a la reforma de la sociedad cada día, practicando y difundiendo más el misterioso amor que Jesús vino a enseñar; la revolución del corazón que de egoísta (es decir, potencialmente antisocial) se transforma en deseo del bien de los otros, esto es, eminentemente social: los hijos hacia los padres, los padres para los hijos, la nuera con la suegra y viceversa, el dirigente con los obreros, éstos con el patrón, el vendedor con el comprador, el cliente con el comerciante y así se puede seguir diciendo, sin fin...

Pero se dice y no se hace, observará alguno. Juicio falso. Como vivimos en un mundo en el que, en cierta medida se enseña ésto hace siglos, no nos imaginamos qué cosa sucedería si no se predicara así; ciertas barbaries de movimientos descristianizados (nazismo, bolchevismo...) dicen a dónde se puede llegar, cuando falta del todo aquella escuela profunda de socialidad. Sin embargo, también entre nosotros queda muchísimo por hacer, y habrá que seguir comunicando perpetuamente el mensaje cada día a los nuevos reclutas de la vida y nuevamente a cada uno de quéllos que ya lo conocen, ya que la naturaleza con su egóismo tenderá siempre a hacernos recaer.

y la valentía de afirmar que hay otras innumerables direcciones en las cuales sólo ellos pueden actuar seriamente y las ventajas son colosales para todos.

¿Qué cosa puede decir un marxista o un ateo de cualquier partido político, a un hogar frío, con miembros cansados de encontrarse juntos? El cristiano tiene palabras capaces de calentar y llevar de nuevo la alegría. ¿Qué cosa dirá un marxista u otro incrédulo al padre de una hija inválida? ¿Prometerá un cheque especial? Está bien, también nosotros lo procuráramos hasta donde es posible; pero sólo nosotros sublimaremos aquella relación social, comunicando al padre el consuelo profundo, inefable, de tener a su lado, en aquel pobre ser, el Cristo doliente, al cual puede servir con santa pasión y secreta esperanza de felicidad; y a la hija aseguraremos un amor de padre más valioso que cualquier cheque imaginable.

¿Qué cosa dirá el marxista si el jefe tiene un trato duro, violento, aún cuando fuese un representante del pueblo? ¿Enseñará a odiarlo? ¿Para hacer infelices al odiado y al que odia? Sin excluir eventuales revanchas legales, el cristianismo se esforzará en hacer que aquel trato sea más suave y de la otra parte, que soporte de una manera más serena, que será infinitamente más meritória.

RICARDO LOMBARDI, S. J.